

EL "IZQUIERDISMO" Y PORTUGAL

LA izquierda de Portugal se enfrenta con tres escisiones típicas contemporáneas, que aparecen en todos los países occidentales donde la izquierda tiene fuerza y número —en Francia, en Italia, por no citar muchos países hispanoamericanos, algunos del norte de Europa—, aunque en cada uno tiene sus peculiaridades. La escisión entre socialistas y comunistas es la primera, y resulta sensiblemente igual a la de Francia, con la diferencia notable de que en Francia estas dos fuerzas están en la oposición y saben perfectamente que sin un programa común no alcanzarán nunca el poder como tales fuerzas de izquierda (sobre todo, el partido comunista, y ésta es su debilidad y, al mismo tiempo, la fuente de su energía, al no dejar que se deteriore más la unidad; los socialistas de Mitterrand pueden llegar a un poder con una coalición de dentro; es decir, como en Italia, donde el partido socialista se debate entre una posición de poder con el centro derecha y una fidelidad mayor a su programa, inclinándose hacia los comunistas). En Portugal, en cambio, ocupan una parcela de poder (una parcela: los militares del Movimiento de las Fuerzas Armadas ocupan la mayor parte de los ministerios, además de la presidencia y los resortes del orden público, lo cual puede hacer sus contradicciones más visibles. Sobre todo, ante la proximidad de las elecciones. El calendario está fijado a falta de la fecha electoral misma: el censo electoral se cerrará entre el 18 y el 21 de febrero —se esperan seis millones de votantes—, la proclamación de candidatos, entre el 27 y el 3 de marzo, y la lista final de candidaturas se publicará el 21 de marzo; las elecciones se celebrarán en cualquier fecha entre esta última y la del 25 de abril. Socialistas y comunistas se enfrentan entre sí para ganar posiciones electorales que les den el mayor peso posible en la Asamblea Constituyente, a partir de la cual se harán las regulaciones electorales para la primera asamblea regular y para la presidencia de la república: la promulgación de una ley electoral tiene una importancia suma, pues según se haga puede o no ser favorecido algún partido político o alguna tendencia ideológica.

LA tercera escisión de la izquierda es la de aquellos partidos minoritarios que no tienen esperanzas electorales y están continuamente marginados desde el momento de la caída del régimen salazarista. Son,

sobre todo, el MRPP, o movimiento de reorganización del partido del proletariado, y el MES, movimiento de la izquierda socialista. Han sido los protagonistas de las acciones de calle de los diez últimos días: la oposición al Congreso del CDS (centro democrático social; una derecha bien nutrida de antiguos salazaristas) en Oporto y las manifestaciones del viernes en la Plaza del Rocio contra la OTAN y el imperialismo, menos numerosa y menos espectacular esta última (unos quinientos manifestantes, según cálculos neutrales) que la acción de Oporto; ambas repudiadas por los partidos comunista y socialista, y reprimidas por las fuerzas del orden público, pero ambas coreadas con estrépito por la derecha nacional e internacional para llegar a unas consecuencias de «ingobernabilidad» de Portugal similares a la campaña contra Allende, que precipitó su caída y precipitó el golpe de estado de Pinochet, con la diferencia de que en Chile el desorden público estaba directamente causado por la derecha (el MIR chileno no llegó nunca al protagonismo izquierdista que tienen los extremistas portugueses), y aquí es esta izquierda marginada la directamente (aunque no faltan acusaciones de que está movida por agentes provocadores) protagonista de la acción. Algunos de los países que acusan a Portugal, sumándose a la campaña de ingobernabilidad y pidiendo la aparición de un Caramanlis o de un Pinochet (en Lisboa se habla de Spinochet, dándole a Spínola rasgos de Pinochet), capaz de «restaurar el orden», tienen en su presente o en su pasado inmediato mucho más «izquierdismo» que Portugal (en estos días no se ha producido en Portugal nada que se parezca al mayo del año 1968 en París, a las bombas de Londres o a las luchas callejeras de Italia).

SE está dando a esta izquierda marginada y repudiada el nombre de «maoísmo». Es un nombre impropio. Quizá alguno de sus intelectuales esté bien penetrado de la doctrina de los Cinco Amores y de los Cuatro Conceptos de Clase, pero nada más. Es tan impropio como el «guevarismo» o el «castrismo», que se aplica en América Latina a movimientos similares. Significan estos nombres sobre todo la adhesión a los que aparecen ante algunos doctrinos del comunismo como grandes heterodoxos. Está claro que el maoísmo real no tiene aplicación directa



A pesar de la estrecha vigilancia de las fuerzas del Ejército, se celebraron manifestaciones ultraizquierdistas en algunos lugares de la capital.



Fuerzas del Ejército portugués, en uniforme de campaña, coparon el viernes pasado las calles céntricas de Lisboa en un intento de impedir que prosperase la manifestación convocada por los movimientos de la izquierda más radical.

en un país de diez millones de habitantes, con unas condiciones socio-económicas y geográficas esencialmente distintas a las de China, a no ser las de un marxismo de base que el maoísmo se ha aplicado a hacer más directamente asimilable para personas o masas de cultura menor o nula (por eso, la difusión famosa del Libro Rojo, que es en sí una reducción de la doctrina reductora a la realidad concreta) de la obra de Mao. El nombre de maoísmo sirve para varias cosas. En primer lugar, para estos grupos de adhesión a una realidad grande y existente supone una especie de lucha contra la soledad en que se encuentran dentro de las sociedades burguesas en que actúan. En segundo lugar, los partidos comunistas y socialistas que se lo aplican luchan también contra la denominación de «izquierdistas», que produce equívocos y sirve al juego de la derecha, que así puede acusar a la izquierda de lo que sólo es propio de los extremistas. El nombre de izquierdistas es clásico: es el que les aplicó Lenin a estos «desviacionistas» en su famoso opúsculo, «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo».

HABRÍA que acudir también a Lenin, a un artículo de Lenin, publicado en 1908, para encontrar una cita que compendia la intención del «izquierdismo». Al hacer la crítica del alemán —marxista revisionista— Eduardo Bernstein, cita una frase de éste que dice: «El objetivo final no es nada: el movimiento lo es todo». Y comenta Lenin: «Determinar el comportamiento de un caso para otro, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo, sacrificar esos intereses en aras de las ventajas reales o supuestas del momento: ésa es la política revisionista».

LO grave en estos momentos es que los «maoístas» acusan de revisionismo a los partidos comunistas oficiales, en virtud precisamente de estas mismas tesis de Lenin. Para los «izquierdistas» portugueses, ver cómo un gobierno de izquierda, con ministros socialistas y comunistas, permite las maniobras de desembarco de la OTAN, que parten del supuesto táctico de que han de ocupar un Portugal dominado por los comunistas resulta aberrante. Resulta también para ellos increíble que mientras la OTAN «castiga» a Portugal a no admitirle a sus deliberaciones secretas por miedo de que las revele a la URSS, éste dé toda clase de facilidades a la OTAN. En esta operación simulada, los «izquierdistas» ven el presagio de lo que puede ocurrir en realidad algún día, de lo que ya ocurrió en otros países —Santo Domingo, Vietnam— cuando la evolución política no les guste a los Estados Unidos. Se preguntan cómo Mario Soares —no ya los comunistas—, que denunció públicamente la posibilidad de que la CIA diese un golpe en Portugal, permite estas maniobras...

SON preguntas, éstas y otras, difíciles de contestar, a no ser refiriéndose a la anterior cita de Lenin, para quien el objetivo final lo es todo y la larga política no puede tenerse en las ventajas, aun reales, del momento. Está claro que así piensa Cunha; puede que piensen igual Mario Soares y su moderado socialismo, pero con la diferencia de que sus objetivos finales pueden ser distintos.

SOLAMENTE que los llamados «maoístas» dudan mucho de que la vía escogida por el partido socialista y el partido comunista sean las adecuadas para conseguir objetivos finales. Los «izquierdistas» creyeron

el 25 de abril de 1974 que la caída del régimen de Caetano, el derrumbamiento de los cincuenta años de fascismo, iba a traer consigo la revolución social. Pero sus manifestaciones callejeras y sus «pintadas» en las calles fueron pronto reprimidas. Y sus militantes, atraídos por las posibilidades del socialismo y el comunismo unidos en los primeros abrazos de Soares y Cunha y por el programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Conocieron el spinolismo, que fueron restaurando poco a poco la derecha y el capital —con algunas concesiones menores— en los puestos de poder; asistieron a la caída del spinolismo y encontraron que tampoco era su momento. Portugal se encamina hacia una democracia burguesa, según ellos, y van creciendo otra vez los partidos de la gran derecha, como el PPD y el CDS, y va reformándose hacia la moderación, hacia el centro, el partido socialista de Mario Soares. Para los «izquierdistas», el camino de Portugal está ya decidido hacia algo que podría ser, en todo caso, lo que es hoy la Francia de Giscard. Con la diferencia de que las desproporciones económicas son aquí mayores, y el equilibrio que tampoco existe en Francia —de donde las huelgas y los movimientos sociales— resultaría imposible si no es a base de aumentar la represión.

EN consecuencia, el «izquierdismo» ha pasado por varias etapas en Portugal: una exaltación el 25 de abril, una depresión durante el mandato de Spínola y un crecimiento posterior, hasta nuestros días, causado por la decepción no ya doctrinal, sino de puro nivel de vida y de hipoteca del futuro. Algo asimilable a los revolucionarismos de los países africanos después de las independencias.

PERO este «izquierdismo», aun siendo minoritario, aun estando marginado de las grandes corrientes políticas y siendo tan fácil de reprimir, como el viernes pasado en la Plaza del Rocio (la falta de reacción de que la derecha acusa al MFA por los incidentes de Oporto no se debe tanto a complicitad como a que se vio sorprendido, aunque juega una parte importante en ello la desorientación de los soldados, al tener que enfrentarse con sus compañeros de clase para proteger a sus tradicionales enemigos), debe ser muy tenido en cuenta. Aun con la advertencia, siempre necesaria y nunca suficientemente repetida, de que los sucesos o la política de un país en un momento dado son irrepetibles en otros, hay que tener en cuenta que es posible que en toda Europa se asista pronto a un reverdecimiento del «izquierdismo», como consecuencia de las crisis económicas en curso. Se está ya deteriorando cada vez más la situación de las clases sociales más bajas, y estas clases van aumentando en número. Puede ocurrir que encuentren la canalización de su lucha por restaurar el nivel de vida por medio de los sindicatos o de los partidos políticos, pero también puede que no. Podría ocurrir que la derecha fuese lo bastante inteligente como para asumir la crisis y evitar la repercusión grave sobre las otras clases sociales, aun con su propio sacrificio, para evitarse males mayores, pero es también muy probable que no. Saltarían entonces las huelgas llamadas «salvajes» y los motines en las calles, o los atentados. Por eso, en Portugal, el MFA da tanta importancia a la cuestión del sindicato único: la miopía socialista no les permite ver más que finalidades inmediatas o coyunturales, mientras que el MFA parece ya saber que el sindicato único no solamente puede evitar los abusos del capital, del patronato, sino que también puede evitar un deslizamiento hacia sindicatos «izquierdistas», que podrían arrastrar tras ellos a gran parte de la clase obrera, a no ser que ésta acepte desde el principio una disciplina de base. ■